

CAPITULO XXIII.

Tentado por Amigos

El gobierno de Juárez, errante en el norte de ciudad en ciudad, sin ningún lugar fijo de residencia, acosado por los enemigos y á merced de los amigos; los franceses en posesión de la Mesa Central y de la capital de la República, y prosiguiendo una campaña activa contra los liberales desafectos que rehusaban reconocer al emperador y á la intervención; el gobierno de Juárez, decimos, en semejante situación, era ya la desesperación de sus partidarios, y esa sombría desilusión que se había apoderado de los amigos del presidente desterrado, se comunicaba á todas las clases del pueblo. Se vió el resultado en la deserción por mayor de las filas del partido liberal á la causa del imperio. Para principios del año 1865 se encontraban en los ejércitos de los franceses en México, según informes que se dieron, 25,000 soldados de los antiguos liberales del país. Para este tiempo también muchos generales habían desertado de las filas republicanas y jurado fidelidad al emperador. Entre éstos había dos que habían ocupado lugares prominentes en la vida política y militar del partido liberal. Estos eran, el General José López Uruga y Manuel Dublán, quienes después sirvieron en el gabinete del General Díaz.

Pero debe recordarse que reinaba un sentimiento general de desconfianza en la habilidad de los liberales para poder hacer frente á los franceses, y un deseo por obtener paz casi á cualquier costo, después de las agotadoras luchas por que el país acababa de pasar.

La mayor parte de los jefes liberales que se habían pasado al imperio durante esos días de lucha y

desaliento, regresaron á su propio partido tan luego como se convencieron de que la política de Napoleón III y del emperador Maximiliano no era capaz de proporcionar á su país la prometida paz que todos anhelaban.

Pero, por esos momentos, un abismo inmenso separaba los que se habían pasado al imperio de los que habían permanecido fieles al partido liberal y á Juárez, el errante presidente. Maximiliano trataba con gran consideración á todos los liberales que se le habían presentado y parece haber tenido mayor estimación por ellos, que por los mexicanos pertenecientes al partido conservador. Y ellos recompensaban su bondad, procurando conquistar adictos al imperio entre los otros jefes liberales. Uno de los que más trabajaron con este fin fué Uruga, quien trató de inducir al General Díaz á desertar en favor del imperio. También Manuel Dublán, que por algún tiempo fué gran apoyo del imperio, usó de su influencia para inducir á Porfirio á desertar la bandera liberal. He aquí la relación que el mismo General Díaz hace de estas dos fuertes tentaciones que le hicieron y cuya aceptación de su parte significaba tanto para la causa del imperio:

“El Lic. D. Manuel Dublán me llevó una carta del Prefecto Imperial, Juan Pablo Franco, en que se me proponía que me adhiriera al imperio, ofreciéndome que conservaría el mando de los estados que formaban la línea de Oriente.....

“Me indigné de que Dublán, pariente de Juárez y antiguo liberal, se prestara á hacerse instrumento de tal indicación, y considerándolo como enemigo, mandé ponerle preso, para fusilarle como espía. D. Justo Benítez, condiscípulo y amigo de Dublán, se empeñó en salvarle. Consentí en que quedara en libertad, pero á condición de que saliera del Estado y de la República con rumbo á Guatemala. En vez de hacerlo así se quedó en Tehuantepec varios días, pretextando enfermedad. Le ordené que permaneciera en Tlacolula.

“El General D. José López Uruga, que mandando fuerzas de la República se había pasado al enemigo, y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió á su ayudante el Coronel D. Luis Alvarez, que años antes había sido jefe de mi estado mayor, y estaba entonces sirviendo al imperio, con una carta fechada en México el 18 de Noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirle en su defeción y me ofrecía dejarme con el mando de los estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían á ellos soldados extranjeros sino en caso de que yo los pidiera; y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el General Uruga, ni esa circunstancia ni ningunas otras consideraciones me hubieran hecho jamás vacilar en el cumplimiento de mi deber. Por lo demás, el citado jefe había con su conducta perdido el aprecio que antes podía haberme inspirado.

“Me pareció que, en las circunstancias, era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner á su vista la invitación que me hacía el General Uruga, y con tal motivo, cité á una junta á los generales y coroneles que estaban bajo mi mando; les mostré la carta enunciada y la respuesta que provocó, la cual mandé con el ya citado Coronel Alvarez, advirtiéndole á Uruga, que el segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular á los gobernadores y jefes militares de la línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

“He aquí la carta y contestación aludidas:

“Señor General D. Porfirio Díaz, México, Noviembre 18 de 1864.

“Muy querido amigo: Muy largo sería hacer á Ud. un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá á Ud. algo; pero baste á Ud. que, sin quererse batir, sin querer salir del sur de Jalisco, y sin querer sujetarse á no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortuna en la revolu-



CORONEL FÉLIX DÍAZ.

ción, y ésto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

“No creí que ésto era servir al país, ni defender nuestra causa, ni honrar nuestros principios; y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en Julio al emperador, para hacer cesar la guerra, sin reconocer nada. Obré también mal porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo progresista é ilustre del emperador, le digo á usted, querido amigo, que nuestra causa es la causa del hombre que, amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra independencia é integridad de territorio, yo juro á Ud. que habría concluido en los cerros antes que reconocer nada; y si hubiera tenido la cobardía de venir yo tendría la buena fe de decir á usted: “Hay que combatir;” pero no es así. Creo que me hará justicia, Ud. que me conoce y que aceptará mi apreciación en las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá á poder de los americanos, y entonces ¿qué tendremos como Patria? Hasta hoy tiene Ud. un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medio de hacer mucho en la causa del progreso, entrando franca y noblemente en la materia. Mañana, sin combatir por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando á Ud. á Luis, á quien conoce Ud. Esto y mi nombre ¿no son para Ud. una garantía de franqueza y lealtad?

“Luis hablará á Ud.; yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera, y cuando usted venga y vea lo que pasa, y se vuelva á su punto y á sus fuerzas, si

no le conviene en lo que diga á Ud., ó diga lo más conveniente, en todo trabajaré.

“Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema, no perdamos los principios y, sobre todo, el país en su integridad é independencia. Adiós, querido Porfirio; Ud. sabe cuánto le he querido, con qué franqueza le he hablado siempre, y cómo es su amigo que le ama y B. S. M.—José L. Uruga.

“He aquí la contestación:

“Sr. D. José López Uruga, México.—Mi antiguo general y estimado amigo:

“Con indefinible placer abrí los brazos á Luis y fijé la vista sobre la carta que con él se sirvió Ud. dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso y Luis me ha ofrecido hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder á Ud., si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

“Quedo muy reconocido á la mediación que Ud. se digna ofrecerme, porque bien lamento los errores que han dado lugar á este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

“Yo no seré el que me constituya juez en los actos de Ud., porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo á juicio, lo abrazaría como á un hermano y le comprometería á volver sobre sus pasos. Pero, si Ud. puede, según su juicio, explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que, según Ud. me dicen, eran adversos á nuestra causa en el Centro, son en Oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

“El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mando yo en Puebla; y Ud. sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros estados, pero tan perfectamente identificadas á las otras en su mo-



LIC. MANUEL DUBLÁN.

ral, disciplina y entusiasmo que son acreedoras á igual estimación.

“En los estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa y tan escrupulosa en la contabilidad que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia, sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones.

“Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior; y yo me prometo que, en Oaxaca, si el destino les reserva ese triunfo, ha de ser á mucha costa, y solamente porque nos aplastaren por la superioridad en el número; pero no será tan remoto que obtengamos la victoria y que la República todavía se convierta al otro día en un extenso palenque. La lucha puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo libres é independientes; pero el éxito es seguro.

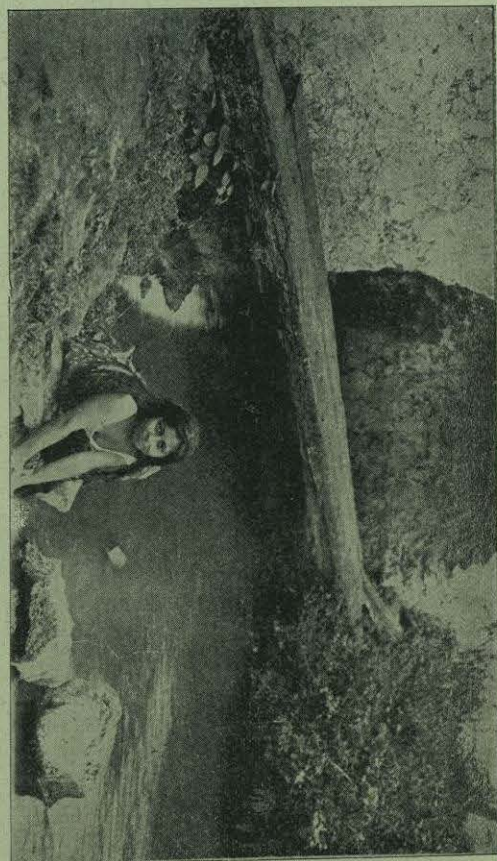
“Me hace Ud. justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir; pues bien, para la prensa asalariada, no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto, con resignación y entereza, que se deturpe mi nombre sin arrepentirme de haberme consagrado al servicio de la República.

“Siento en el alma que, habiéndose Ud. separado del ejército del Centro, con ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el archiduque y venga con el tiempo á desenvainar, en su defensa, la espada que, en otros días, ha dado á la Patria; pero si así fuera, tendré, por lo menos, el consuelo de haber continuado en las filas en que Ud. me enseñó á combatir y cuyo símbolo político Ud. grabó en mi corazón con palabras de fuego.

“Al presentármeme un mexicano con las proposi-

ciones de Luis, debí haberlo hecho juzgar con arreglo á las leyes, y no mandar á Ud. en contestación más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que Ud. invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días, que me unen tan íntimamente á Ud. y á ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

“La prueba á que Ud. me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede Ud. creer que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades llegarán á ocasionarme la menor vacilación. He hablado á Ud. casi exclusivamente de mi persona; pero no porque olvide á mis ameritados compañeros de armas, ni á los heroicos pueblos y estados de Oriente, que tantos sacrificios han consumado por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública, pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aún en Veracruz y Puebla. Como Ud. sabe, los dos primeros han arrojado á los imperialistas de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio; y en el cuarto y quinto, en una extensa zona, se mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree Ud. que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree Ud. que no me pedirían y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión ex-



LAVANDO LA ROPA DE LA FAMILIA.

tranjera, resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda para legar á la generación que nos reemplace, la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.

“Ojalá, General, que no contrayendo Ud. ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa.—Porfirio Díaz, Oaxaca, Noviembre de 1864.